



BOLETÍN DEL CLERO
DEL
OBISPADO DE LEÓN.

DISCURSO DE SU SANTIDAD
EL PAPA LEÓN XIII
AL SACRO COLEGIO DE CARDENALES
CON OCASIÓN
DE LAS FIESTAS DE NAVIDAD.
MDCCCLXXXV.

Aceptables y gratos sobre todos los demás Nos son en este año, como siempre, los felices augurios que el Sacro Colegio, por boca de su Decano, nos manifiesta en los memorables días de la Natividad. A la satisfacción que sentimos se une la más completa y sincera correspondencia con que á todos y á cada uno de los miembros del Sacro Colegio deseamos, desde el fondo de nuestro corazón, toda clase de verdaderas y durables prosperidades, y la más copiosa participación en la santa alegría de estas fiestas.

La cual, si por especiales motivos en este año se acrecienta, nos obliga más que nunca á dar infinitas gracias á la Providencia divina, porque en estos tiempos de gravísima prueba se digna, para fortalecer á la combatida Iglesia, hacer brillar algunos rayos de su singular misericordia. Son, en verdad, motivo de consuelo las bellas manifestaciones de devoción y de homenaje con que todo el Episcopado católico há mostrado recientemente estar y querer permanecer siempre indisolublemente unido al Vicario de Jesucristo. Tales manifestaciones

hacen resplandecer brillantemente ante el mundo aquella maravillosa unidad que el Divino Redentor tan ardorosa y eficazmente imploró de su Eterno Padre en beneficio de la Iglesia. Así también es igualmente justa causa de alegría el ver como el reino de Jesucristo sobre la tierra crece y se dilata en lejanos países, y cómo en vastos Imperios se abren caminos más fáciles y más expeditos á la propagación de la fé: por tales medios se patentiza la inagotable fecundidad con que la divina gracia há enriquecido á la Iglesia para salud y provecho del mundo. Nada, por fin, para Nós, que tanto nos consuele y fortalezca, como el ver, según hecho reciente, circundada de deferencia, respeto y amor la augusta majestad del Pontificado Romano, á cuya nobilísima causa se convierten todos nuestros esfuerzos y se halla consagrada toda nuestra vida.

Mas á estos motivos de júbilo mézclanse, en cambio, otros de no escasa amargura. Primero y principalísimo entre ellos es la condición en que por la iniquidad de los tiempos nos hallamos estrechados á vivir, condición indigna del Vicario de Jesucristo, opuesta á su dignidad y á su divina misión en el mundo. Esta condición se agrava continuamente, porque la revolución nunca descansa y procura extender y consolidar en Roma su conquista, en daño de la Iglesia y del Pontificado. Las Leyes que se preparan amenazan con nuevas injurias y ultrajes. La que se refiere al divorcio atenta á las dos esenciales cualidades de que el Divino Legislador quiso dotar al gran sacramento, así para provecho de la familia como de la sociedad civil. Con la que trata de la propiedad eclesiástica, la revolución alarga la mano hasta los últimos restos del patrimonio de la Iglesia; y despojándola de bienes por tantos títulos inviolables y sagrados, mira á restringir más y más su acción, y á tenerla aherrojada. Son también públicos los hechos con los que se há comenzado en estos últimos tiempos á invadir las instituciones eclesiásticas, á las que se quiere privar del carácter religioso con que la piedad de los fundadores las adornó, y con vanos pretextos y grande ofensa de la autoridad sagrada, someterlas á la autoridad civil.

Pero, aun cuando nada de esto sucediese, aun cuando los que en Roma ejercen el poder mostrasen tener por la Iglesia y por su Cabeza la mayor deferencia, no es posible creer que debiera por esto ser digna ni tolerable la condición actual del Romano Pontífice. Mientras sea un hecho evidente y notorio que Nós estamos en Roma, no en nuestro poder, sino bajo el de otro; mientras nuestra libertad y seguridad dependa de quien de hecho ejerce en Roma el poder, y dicte leyes variables siempre, según las circunstancias políticas y los mudables acuerdos de las mayorías, la condición del Pontífice será siempre intolerable,

y cualquier arbitrio que se adopte para mitigarla continuará siendo, por intrínseco y radical vicio, inconciliable con aquella libertad é independencia que debe disfrutar el súpremo Jefe de la Iglesia.

Por esto Nós comprendemos que, cada día con más gravedad, nos incumbe el mantener intactos, ya afrontando las artes insidiosas, ya la violencia, todos y cada uno de los sacrosantos fueros de la Sede Apostólica, cuyo deber esperamos, con el divino auxilio, cumplir hasta lo último. Mas en este cumplimiento, como en todos los demás actos que nos impone el ministerio apostólico, Nós necesitamos tener con Nós al Sacro Colegio en una acción llena de concordia y de estrecha unión, á fin de que nuestra obra logre más eficazmente el fin apetecido. Vuestro ejemplo no quedará sin resultado en cuantos son verdaderos hijos de la Iglesia, para mantenerlos dóciles y sumisos á la suprema autoridad que há de conducirlos á la salvación.

Con estos sentimientos Nos complacemos en conceder á Vos, Sr. Cardenal, y á todo el Sacro colegio, Obispos y Prelados, y á cuantos se hallan aquí presentes, como prenda de los más estimables favores del cielo, la apostólica bendición.

CARTA DE SU SANTIDAD

AL CARDENAL MANNING.

A nuestros Venerables Hermanos Enrique Eduardo Manning. Cardenal-Presbitero del titulo de los Santos Andrés y Gregorio «in Monte Caelio,» Arzobispo de Westminster, y á los otros Obispos de Inglaterra.

«LEÓN XIII, PAPA.

»Venerables Hermanos salud y bendición apostólica.

»Vuestra probada fidelidad y vuestra especial adhesión á la
 »Santa Sede brillan con admirable esplendor en la carta colectiva que últimamente Nos habéis dirigido. Pero nuestro
 »placer al recibirla há aumentado todavía, porque dicha carta
 »confirma lo que sabíamos ya, esto es, con qué gran vigilancia
 »aplicáis vuestros pensamientos á una cuestión, que nunca deberá
 »excitar bastante los cuidados de todos. Entendemos hablar de la educación de los hijos de Inglaterra, sobre la cual
 »habéis tomado, de común acuerdo, resoluciones que habéis
 »puesto en nuestro conocimiento.

»En una obra de tanta importancia nos regocijamos de
 »ver que no trabajáis solos, porque no ignoramos cuánto debe
 »también esta obra al celo de todo vuestro clero, que al mismo

»tiempo que con la mayor caridad y los más indomables es-
 »fuerzos há dotado de escuelas á los niños, trabaja con una di-
 »ligencia y una asiduidad admirables en su enseñanza, esto es,
 »en formarlos para la vida cristiana y en inculcarles todos los
 »elementos del saber. Os repetiremos ahora con todas las exci-
 »taciones que nuestra voz puede añadir y los elogios merecidos
 »que puede conceder, que vuestros Sacerdotes sigan mereciendo
 »bien de la infancia y gocen de vuestros aplausos y de nuestra
 »particular benevolencia, esperando una mayor recompensa de
 »parte de Nuestro Señor Dios, por cuya causa trabajan con
 »tanto esfuerzo.

»La generosidad que los católicos muestran en esta cues-
 »tión de las escuelas no es menos digna de elogio, porque sa-
 »bemos con qué apresuramiento tienen costumbre de dar lo que
 »se necesita para el sostenimiento de las escuelas, lo que hacen
 »no sólo los ricos, sinó los que disponen sólo de medios mo-
 »destos y aún los pobres. Si, es hermoso, es verdaderamente
 »grande ver que los pobres se privan de algo, para contri-
 »buir voluntariamente á los gastos de la educación de la infancia.

»En nuestros días y en la condición actual del mundo, en que
 »la tierna edad de la infancia está amenazada por todas partes
 »de tan numerosos y de tan graves peligros, no puede imagi-
 »narse nada más oportuno, que unir la educación literaria á las
 »verdaderas enseñanzas de la fé y de la moral.

»Por esto hemos declarado más de una vez que aprobamos
 »calurosamente las escuelas llamadas libres, que gracias á los
 »esfuerzos y á la generosidad de particulares se hán establecido
 »en Francia, en Bélgica, en América y en las colonias del im-
 »perio británico. Deseamos que estas escuelas aumenten en nú-
 »mero y que prosperen por la cifra de sus alumnos. Nos mismo,
 »viendo la situación de las cosas en esta ciudad de Roma, no
 »cesamos con los mayores esfuerzos y con todo género de sa-
 »crificios, de proveer á los niños de Roma de abundantes es-
 »cuelas de este género, porque es en estas escuelas, y por estas
 »escuelas, que la fé católica, nuestra mayor y mejor herencia,
 »se conservará íntegramente.

»Además, en estas escuelas la libertad de los padres es
 »respetada, y—cosa muy necesaria, principalmente en medio
 »de la actual licencia de opiniones y de actos,—es por medio
 »de estas escuelas que se forman buenos ciudadanos para el
 »Estado, porque no hay mejor ciudadano que el hombre que
 »cree y practica la fé cristiana desde la infancia. El principio y
 »la semilla, por decirlo así, de esta perfección humana que Je-
 »sucristo divinamente dispuso para el género humano se en-
 »cuentra en la educación cristiana de la infancia, dependiendo
 »la condición futura del Estado, de la primera educación de sus

»hijos. Ahora bien, la prudencia de nuestros padres y los fun-
»damentos mismos del Estado amenazan ruina por el error des-
»tructor de los que quisieran que los hijos se formasen sin nin-
»guna educación religiosa. Vosotros veís, venerables hermanos,
»con qué activa previsión deben preservar los padres á sus hijos
»de las escuelas en que no puedan recibir enseñanza religiosa.

»Por lo que hace á vuestra patria, á la Gran Bretaña,
»sabemos que, siguiendo vuestro ejemplo, muchos de vuestros
»compatriotas se preocupan mucho en esta cuestión de la edu-
»cación religiosa. Bien que no estén de acuerdo con nosotros
»en todo, ven, sin embargo, cuan importante es para la socie-
»dad y para el individuo la conservación de esa sabiduría cris-
»tiana, que vuestros antepasados recibieron de nuestro predece-
»sor Gregorio el grande y de San Agustín, sabiduría que las vio-
»lentas tempestades que siguieron no pudieron destruir entera-
»mente.

»Sabemos que hay hoy muchos de éstos que tienen exce-
»lentes disposiciones de espíritu, trabajan diligentemente en
»conservar lo que pueden de la antigua fé y producen en
»abundancia grandes frutos de caridad. Cada vez que Nós pen-
»samos en estas cosas Nos conmovemos profundamente, por-
»que amamos con caridad paternal esa isla, que con razón há
»sido llamada la Isla Madre de los Santos, y Nós vemos en las
»disposiciones de que hablamos á toda hora las más grandes es-
»peranzas, y por decirlo así, una prenda de bienestar y de pros-
»peridad para la nación británica.

»Continuad, pues, Venerables Hermanos, preslando á los
»niños vuestro primer cuidado; llevad á todas partes vuestra in-
»fluencia episcopal; cultivad con alegría y esperanza todas las
»buenas semillas que encontréis, y Dios, rico en misericordia,
»las desarrollará.

»Como prenda de los dones de lo alto y en testimonio de
»Nuestra benevolencia, Nós os concedemos con amor en el
»Señor, á vosotros, al Clero y al pueblo, confiado á los cuidados
»de cada uno de vosotros, la bendición apostólica.

»Dado en Roma, en San Pedro, el 27 de Noviembre de 1885,
»octavo de Nuestro Pontificado.

»LEÓN XIII, PAPA.»

NOTABLE DOCUMENTO.

*Carta del Rvdmo. P. Vicario General de la Compañía
de Jesús á N. S. P. León XIII.*

«Santísimo Padre: Desde que se publicó la sabia carta

que Vos, Santísimo Padre, escribisteis al Eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de París, hice que llegaran á Vuestros piés los sentimientos de mi admiración, y hé dispuesto lo conveniente, para que en lo concerniente á los miembros de la Compañía, se cumpla todo lo que se prescribe en aquella carta.

»Hoy que ya conozco las disposiciones de mis hermanos, puedo con inmensa alegría de mi corazón afirmar, que la Compañía entera se halla inspirada en el espíritu de obediencia hácia la Sede Apostólica, en ese respeto, en ese amor, en esa adhesión hácia Vuestra persona sagrada, que con pleno derecho, Vos podéis desear y reclamar.

»Todos nosotros creemos y confesamos que en la Iglesia santa, «entre los Pastores, hay uno que es el jefe y el Pastor supremo de todos.» Creemos y confesamos que «únicamente á los Pastores há sido confiado pleno poder para enseñar, juzgar y dirigir, y que á los fieles se les há impuesto el deber de seguir sus enseñanzas, someterse dócilmente á su fallo, y dejarse gobernar, corregir y conducir por los caminos de la salvación.» Amargamente deploramos que entre los católicos, sin duda, motivado por la mala condición de los tiempos, haya algunos que no estén conformes con el papel de súbditos, que les corresponde en la Iglesia, y que crean poder atribuirse una parte de independendencia, y estimen tener el derecho de juzgar á su modo los actos de la autoridad.

»Os prometemos, Santísimo Padre, que, con todos los medios de que disponemos, según nuestra institución, y con todo el celo posible, nos esforzaremos en arrancar esa cizaña que comienza á pulular en el aire, corrompido por la libertad de la prensa, y notablemente por la ligereza, que puede echarse en cara á la ciencia moderna.

»Tened á vuestra disposición, Santísimo Padre, á nuestra Compañía cual si fuera un ejército, débil en comparación de las falanjes del Clero secular y regular; pero que permanecerá siempre fiel y constante en su obediencia y amor hácia Vos. Nuestra Compañía se esforzará siempre, tomándoos por guía, en buscar la gloria de Dios, la salud de las almas, el bien de la santa Iglesia y el honor de Vuestra sagrada persona.

»Hé dicho, Santísimo Padre, «bajo Vuestro gobierno,» porque sois la fuente de jurisdicción que unifica nuestra compañía, y cada uno de nosotros os reconoce en realidad como nuestro primer superior y señor.

»Bajo vuestra bandera, estamos prontos á todos, *usque ad sanguinis effusionem*. Esta unión con vos, es nuestra vida, nuestra fuerza, aunque ella haya sido la causa del ódio y persecución del mundo. Pero esta persecución es nuestro mérito.

delante de Dios, nuestro regocijo, nuestro consuelo, y la agradecemos con todo nuestro corazón.

»El mar sobre el cual navega la mística nave de la Iglesia, de la cual sois Vos, por la voluntad divina el piloto, está en nuestros días más agitado que en el pasado, y Vuestro valor está sometido á durísimas pruebas.

»Pero Vos habéis heredado de Pedro la autoridad que recibió de Nuestro Señor. La armonía de movimientos en los remeros con las señales del piloto, es actualmente más necesaria que nunca. En su sabia previsión ordenó Jesucristo que la infalibilidad doctrinal, que fué siempre una prerrogativa reconocida de hecho en la persona de todos los sucesores de San Pedro, recibiese una definición dogmática, que la hiciese aparecer con todos sus resplandores, procurando al Soberano Pontífice una acendrada veneración.

»Pero en los tiempos presentes, en los cuales lo sobrenatural es menospreciado, es un beneficio providencial que Vos, Santísimo Padre, estéis dotado de esos méritos literarios, de esa sabiduría, de esa prudencia, de ese tacto práctico, gracias á los cuales, aún los mismos enemigos de la Iglesia se ven obligados á respetar á Vuestra sagrada persona.

»Vuestra penetración de espíritu há encontrado las raíces del mal, que trabaja á los individuos y á la sociedad, y la llaga que la devora. Por esta razón, Vos deseáis que la falsa filosofía desaparezca, que sea elevada la sabiduría de Santo Tomás, y Vos sois quien habéis colocado á esta sabiduría en el puesto de honor que le corresponde.

»Habéis puesto en práctica toda clase de esfuerzos para devolver su santidad característica al matrimonio cristiano, y al denunciarnos la masonería, vos nos digistéis: «Ahí tenéis al enemigo de Dios, de la Iglesia, de la sociedad y del hombre individual.»

»Desarmado, abandonado, prisionero, y con un valor no solamente raro, sino único, habéis desafiado á un enemigo infinito por el número, orgulloso, puesto que desconoce toda autoridad, traidor, puesto que con sus tramas ocultas y bajo jefes secretos, tiende á sus inícuos fines sin detenerse ante la infamia de los medios.

«Y entre tanto, desde lo alto del Vaticano, brilláis, Santísimo Padre, con luz tan intensa, que todos los ojos se deslumbran, y es preciso esperar que muy pronto esta luz disipe á las tinieblas con que está envuelta, en nuestros días, la cuestión social. Los hombres, iluminados con esta luz, establecerán los Gobiernos sobre su base verdadera, inspirarán sus leyes en las leyes divinas, y devolverán al Pontificado la soberanía, que será la vida y tutela de todas las soberanías laicas, y el

verdadero principio de gloria, de fuerza y de bienestar de Roma y de Italia.

»Y mientras Os veneramos con tantos títulos, Santísimo Padre, estamos muy lejos de formular argumentos «de sumisión poco sincera, estableciendo como una oposición entre un Pontífice y otro.» Creemos firmemente que «en el Gobierno de la Iglesia, salvo los deberes esenciales impuestos á todos los Pontífices por su cargo apostólico, cada uno de ellos puede adoptar la actitud que juzgue más conveniente, según los tiempos y las circunstancias. Por esto es único juez, atendiendo que reúne para esto, no solamente luces especiales, sino el conocimiento de las condiciones y necesidades de todo el Catolicismo, á las cuales conviene que extienda su previsión apostólica.»

»El objeto á que tiende el Gobierno de la Iglesia, no puede ser otro que divino y santo, y nosotros confesamos, Santísimo Padre, que Vos sois libre para escoger los medios que designéis á este fin, toda vez que no han sido determinados por Nuestro Señor Jesucristo.

»Nos sometemos á Vuestra suprema autoridad, sencilla y plenamente, confiando en las luces especiales que en Vuestra calidad de Vicario de Jesucristo recibís de Dios, como asimismo en Vuestra soberana sabiduría y prudencia.

»Mandad, y estamos prontos á obedecer. Prosternados humildemente para besar vuestro pié sagrado, imploramos la bendición Apostólica.

»De Vuestra Santidad humilde, obediente, y decidido servidor en Jesucristo.—ANTONIO MARÍA ANDERLEDY, Vicario general de la Compañía de Jesús.»

CRÓNICA PIADOSA.

El domingo 10, segundo de enero, celebró su función mensual vespertina en la iglesia colegial de S. Isidoro la Congregación de la Guardia y Oración, habiendo estado el discurso sagrado á cargo del M. I. Sr. Vicario capitular.